

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON
LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señera, en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSUR A DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA.

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1877.

Cuaderno 50.

L47
1822

DE LAS PERSERUCIONES

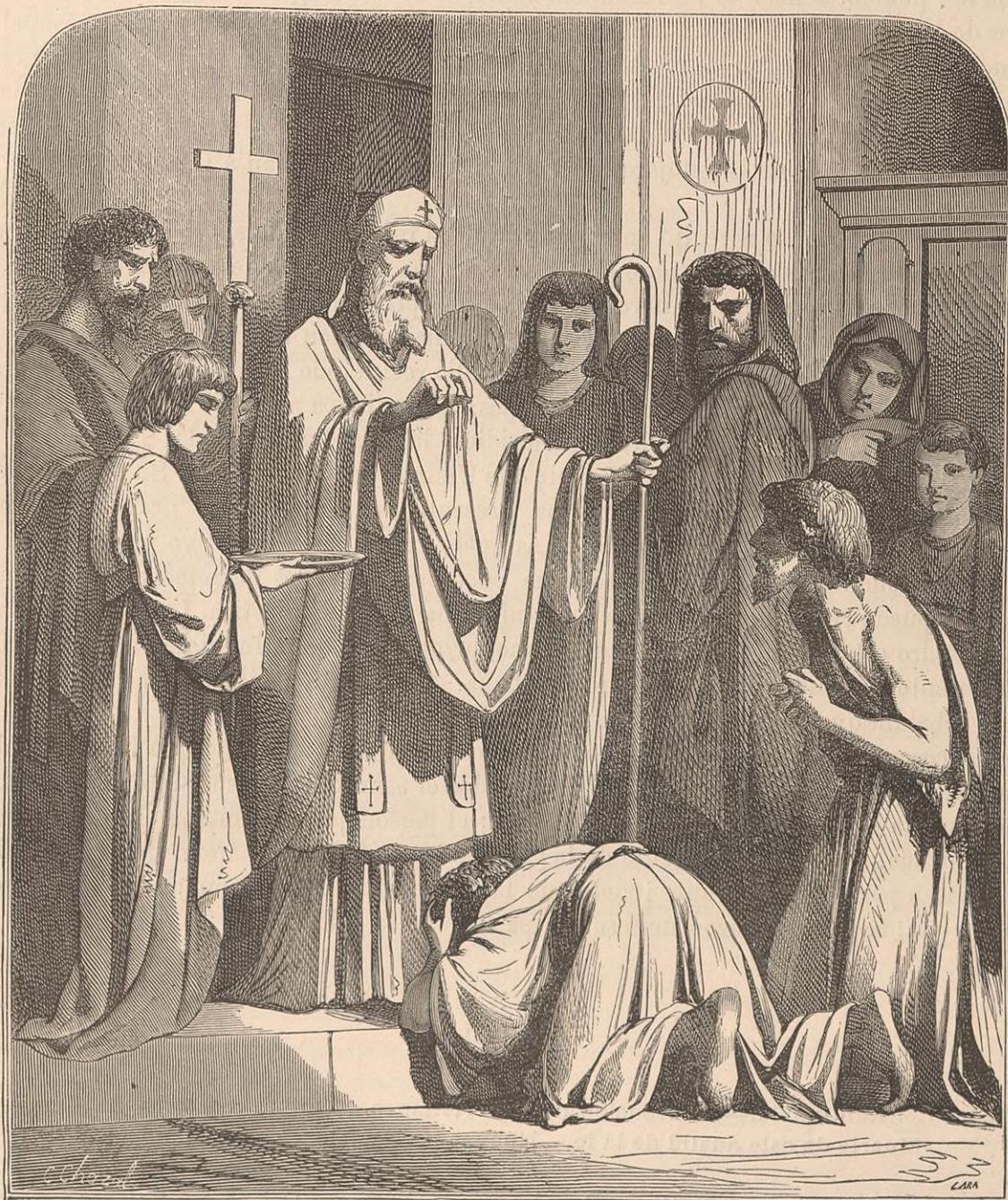
DE LA HISTORIA GENERAL DE FRANCIA



DE LA HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

cios eclesiásticos y por la fiebre que se amparaba de algunos interesados sacerdotes de obtener gloriosos y productivos destinos á la sombra de la proteccion imperial.

Un nuevo conflicto sucedió en el seno de la Iglesia. El papa Liberio, cuyos últimos actos de su vida parecían consagrados á protestar por la firmeza que revelaban contra las debilidades pasadas, murió edificantemente. Roma entera le lloró. Pero sobre su sepulcro fué preciso nombrarle sucesor. Dos competidores aparecieron patrocinados por respectivas agrupaciones.



PENITENCIA DE TEODOSIO.

Dámaso, sacerdote español, y el diácono Ursino. Apoyaban á Dámaso lo más escogido del clero y las familias más distinguidas del imperio; sin querer decir que entre los partidarios de Ursino no brillaran preladados y hombres de intachable virtud.

La efervescencia de las pasiones sociales que reinaba á la sazón en Roma, encontró pábulo en aquel solemne suceso. Animáronse las discusiones, extremáronse los cargos mutuos, las acusaciones traspasaron la línea de lo conveniente, hubo recriminaciones, amenazas y finalmente estalló la lucha. Durante algunos días las calles de Roma presentaron el aspecto

de un campamento. Las iglesias eran asaltadas por los cristianos mismos que buscaban en aquellos santos asilos á sus adversarios. Ciento treinta y siete víctimas fueron el fruto de una de aquellas refriegas. Sus cadáveres alfombraron el pavimento de la Basílica Liberiana. La guerra duró hasta que, debilitado el partido de Ursino, el de Dámaso quedó dueño del campo.

Dámaso, ageno personalmente á las luchas promovidas en su nombre, fué exaltado á la silla romana. Pero aquel triunfo no solidó la paz. Los ursinianos contaban con la parte turbulenta del pueblo, y no sólo en las muchedumbres cristianas, sino tambien entre los adoradores de los ídolos encontraban adictos. Aquel partido terrible empezó á combatir en el terreno moral al Pontífice, que tanto necesitaba del prestigio de su autoridad para sostenerse á conveniente altura en aquellos difíciles momentos. Prevaliéndose de la circunstancia del apoyo que á Dámaso prestaron las damas romanas más distinguidas, satirizábanle calificando á sus adictos de partido de las mujeres. Marcelino y Faustino llaman á Dámaso: *matronarum auriscalpius*.

Sin embargo, Dámaso acreditó en el pontificado la integridad de su virtud y la pureza de sus costumbres. Mortificábanle sobre toda expresion las calumnias de que era blanco, y rogó más de una vez con lágrimas á diferentes asambleas episcopales que un Concilio le procesara para poner fin á su situacion anómala con una absolucion ó con una condena.

Por su parte Ursino recorría las diócesis de Italia reclutando refuerzos para su bandera, y los encontraba hasta entre caracterizados obispos. El antipapa acudía á Valentiniano suplicándole la convocacion de un Concilio que decidiera la querella entablada.

En esta situacion, el Emperador permitió que Ursino regresara á Roma. Su presencia en la ciudad eterna fué señal de nuevos tumultos. Presentábase altivo en las grandes reuniones, diciendo: «Yo he acusado á Dámaso ante el Augusto y ante los obispos; yo pido que sea juzgado por un Concilio. Y como un acusado no puede ser juez, los decretos suyos son nulos. Dámaso no puede entender legalmente sobre ninguna causa eclesiástica. La justicia de la cátedra de Pedro está en suspenso.» Valentiniano, arrepentido de la indulgencia usada á favor del turbulento pretendiente, le desterró de Roma. No fué tan fácil arrancar las raíces del cisma y rebeldía que dejó en aquella cristiandad.

Los sucesos á que dió lugar aquel cisma demostraron la importancia que había adquirido el pontificado. Ya no era la eleccion del Emperador el asunto que despertaba de su apatía al pueblo y ponía en ardiente conmocion las masas; el personaje que excitaba el interés general era el Pontífice. Del acrecentamiento de la grandeza pontificia origináronse naturales dificultades, que no por ser de diferente índole que las creadas por la persecucion, dejaron de turbar la paz y amargar el corazon maternal y pacífico de la Iglesia.

XXVIII.

Valente en Constantinopla.—Persecucion de los cristianos.—Quinto destierro de Atanasio.— Muerte de este adalid de la fe.—Nuevas persecuciones en Alejandría.

Miéntas Valentiniano cumplía en Occidente su mision, en Oriente su hermano se entregaba á un descanso injustificable. Hombre amante del retiro y de la quietud doméstica, llevóse consigo en el trono las costumbres y las tendencias que calificaban su carácter. Como no había aspirado á encumbrarse, tampoco aspiraba á aumentar la gloria de su encumbramiento. Carecía absolutamente de la pasion de las armas y de la pasion de las letras. No pretendía ni la fama de guerrero, ni la fama de literato. Ni la actitud amenazadora de los persas, á quienes las concesiones de Joviano habían aumentado la sed de nuevas conquistas, ni los ademanes insultantes de los godos decidiéronle á empuñar la espada para conservar las fronteras de su imperio.

Cuando el peligro de una invasion fué tan inminente, que no acudir á él hubiera sido crimen á los ojos de todo imperial, resolvió partir para Antioquia, dejando el cuidado político de Constantinopla á cargo de Procopio.

Éste, que era heredero del nombre de Constancio, tramó, en union con el influyente eunuco Eusebio, una vasta conspiracion contra Valente, con la idea de sustituirle en el mando oriental. La insurreccion de algunas legiones fué pronto un hecho. Pasando por alto las vicisitudes de aquella lucha civil, debemos únicamente consignar que su efecto final fué desastroso para Procopio; y que Valente, despues de la victoria, atribuyó gran parte de responsabilidad á los cristianos.

Apénas regresado en triunfo á su capital, recibió terribles acusaciones contra los cristianos, así ortodoxos como sectarios. Los arianos acusaron á los católicos de connivencia con Procopio; los católicos formularon idénticos cargos contra los arianos.

Como era natural, encontróse Valente muy perplejo en medio de tan encontradas corrientes. Para ilustrarse sobre aquella complicacion de pretensiones, asesoróse con Eudoxio, obispo de Constantinopla, prelado que pertenecía al grupo de obispos calificado de ariano-político. Los obispos á aquella fraccion pertenecientes no discutían sobre los dogmas cuestionados por espíritu religioso, sino como un medio á propósito para exhibirse en las cortes, y abrirse camino á las altas consideraciones por las muestras de sus talentos y el testimonio de su influencia.

Les era indiferente que los debates entre arianos, semiarianos y niceistas ó católicos terminaran de esta ó de aquella manera. Sólo aspiraban á conservar la intervencion en los negocios eclesiásticos.

Eudoxio supo intrigar magistralmente sobre la corte imperial y dominar sin dificultad el ánimo de Valente. El resultado inmediato de aquel predominio fué el destierro de los adalides de la Iglesia y hasta de alguna de las eminencias sectarias. Aquellas satánicas maniobras de Eudoxio tenían por objeto real, aunque aparentemente velado con diversos pretextos, desbaratar el movimiento de aproximacion que se realizaba, gracias á los esfuerzos de Hilario, entre fracciones hasta entónces reñidas.

Todo indicaba un progreso rápido hacia la unidad. En Lamsaque, muchos obispos semiarianos se habían reunido para rechazar la antigua y peligrosa fórmula de Rímini; algunos de ellos hasta se manifestaron dispuestos á aceptar la *consustancialidad*; y hasta llegó á nombrarse una comision de tres obispos para que pasaran á Roma y allanaran allí las últimas dificultades, de acuerdo con el Papa y con el emperador de Occidente.

El suceso de aquella comision fué felicísimo. Íntima fué la concordia establecida. La reconciliacion de muchos obispos separados de la unidad quedó acordada y realizada. Las letras de comunion expedidas por Liberio poco ántes de su muerte, ponían punto final á las disensiones. Toda la Iliria reentró en la comunion verdadera. Gran número de asiáticos aceptaron el abrazo maternal de la Iglesia, y se trataba de la convocacion de un gran Concilio de toda la Iglesia de Asia para sellar la reconciliacion.

Eudoxio y sus colegas de disidencia se enfurecieron ante el espectáculo de la concentracion de elementos verificada á favor de la ortodoxia. Entónces empleó sin vacilar los recursos de su temible diplomacia para desbaratar la obra de fraternidad cristiana. Sus intrigas resfriaron el ardor de muchos colegas suyos en el episcopado que habían creído obtener el respeto de sus creencias por parte de Valente. El Concilio de Tarsis no llegó á reunirse.

No tardó Valente en traducir con medidas de rigor los consejos del intolerante Eudoxio. La política de Constancio volvió á predominar en la gobernacion de aquellos pueblos.

Un edicto de Valente desterró de nuevo á los obispos por Constancio expatriados. De un salto aquella mitad del imperio retrocedió diez años. Pero en estos diez años la cristiandad se había amaestrado; y el Estado, por el contrario, enflaquecido por constantes luchas, había perdido gran parte de su prestigio.

La oposicion de la cristiandad debía, pues, ser mucho más decidida y formidable.

Al declararse una lucha, el principal objetivo de todos los tiros había de ser Atanasio.

Cuando el edicto de persecucion llegó á Alejandría, el venerable patriarca acababa de emprender una escursion hacia su querida Tebaida, y una visita minuciosa á una parte considerable del Egipto.

Su tránsito por las ciudades y por los desiertos daba ocasion á demostraciones extraordinarias de adhesion y de afecto. Los obispos salíanle al encuentro al frente de sus rebaños; los abades le recibían procesionalmente, presidiendo hileras larguísimas de monjes que entonaban con gravedad transportadora: *Benedictus qui venit in nomine Domini*. Un poco más allá de Hermopolis, Atanasio vió en lontananza salir del fondo del desierto un cortejo inmenso que venía á recibirle: «¿Quiénes son, preguntó el augusto viajero, esos que vuelan como nubes, y que vienen á mí como las palomas hacia sus pequeñuelos.» Eran los discípulos de Pacomio el solitario que, acaudillados por Teodoro, corrían á entonar el *Hosanna* al enviado de Dios.

Atanasio se apeó en el monasterio de Teodoro, edificándose con la vida de oracion mental, de plegarias orales y de trabajos manuales de aquellos hombres sepultados en el mundo para resucitar en la gloria.

Pasados algunos días de solitaria vida, Atanasio volvió á Alejandría; y á su regreso encontró la orden en que Valente le desterraba de su silla episcopal. Era el quinto destierro que sufría por la causa de la justicia. El prefecto tenía á su vez orden de ejecutar inmediatamente la expatriacion de la víctima de todos los celos, mas el pueblo de Alejandría se levantó como un solo hombre resuelto á impedir á todo trance que se le arrebatara al que consideraba como á su padre y defensor.

Simuló el prefecto que aplazaría la ejecucion de la orden hasta conocer el ánimo de Valente, para el que debía partir una diputacion *ad hoc*; empero Atanasio comprendió el ardid, y partió de noche secretamente, burlando los planes del prefecto y evitando á su pueblo los riesgos de una protesta tumultuosa.

La noticia de su desaparicion indignó á los alejandrinos, y sólo la esperanza de recuperarle pronto, calmó el furor popular.

En efecto; pasado el vendabal, Atanasio salió de su escondite y se arrojó otra vez en brazos de su estimada grey, sin esperar la revocacion oficial de su destierro.

Pero el número elevado de sus años, las incesantes fatigas de su apostolado, sus amarguras, su continua zozobra le habían sumamente debilitado; síntomas alarmantes anunciaban la proximidad de su muerte. Al poco tiempo de su último regreso á Alejandría, murió. «Murió en su propio lecho, dice la leyenda romana, encontrando en la muerte un descanso que en vano esperó encontrar en las grutas de las montañas y en las profundidades del desierto, y pudiendo medir con su desfallecida mirada la extension de los mares por él recorridos.»

Gregorio Nacianceno escribió sobre su muerte preciosa estas líneas: «Así murió aquel ojo sagrado del universo, el pontífice de los pontífices; aquella imponente voz de la verdad, columna de la fe; aquel nuevo precursor de JESUCRISTO, segunda lámpara alumbrada en sus caminos; durmióse en respetable ancianidad, lleno de días pasados segun Dios, despues de tantas calumnias refutadas y de tantos asaltos sostenidos. La santa Trinidad, objeto constante de su adoracion y de sus combates, le llamó á su seno. Fué á unirse con sus padres, los patriarcas, los mártires, los profetas, los Apóstoles, todos cuantos combatieron por la fe; más honrado al salir de la vida que en el día en que entró triunfante en Alejandría.»

La cristiandad entera regó su sepulcro con lágrimas. Un duelo inmenso se posesionó de los corazones que presentían el inmensurable vacío que dejaba en el campo de batalla de las doctrinas aquel caudillo que sostuvo firme la bandera de Nicea á la faz de los gigantes del poder llamados Constantino, Constancio, Juliano y Valente. Cuatro emperadores pretendieron vencerle, y de los cuatro salió vencedor.

Apénas cerró los ojos aquel vigilante centinela de los derechos de la Iglesia, cuando los emisarios del imperio, sintiéndose libres de un yugo inquebrantable, emprendieron la persecucion de los fieles. El sucesor señalado por Atanasio para ocupar su silla fué desterrado; y entronizado el usurpador y herético Lucius. La iglesia de San Theonas fué invadida. Los fieles distinguidos por su adhesion al héroe de Nicea, unos viéronse desterrados, otros condenados á muerte. Escenas semejantes á las que caracterizaron el reinado de Neron reprodujéronse á las órdenes de Valente.

La Iglesia necesitaba una gran figura que ocupara el puesto de peligro, dignidad, prebenda que dejaba vacante Atanasio. En aquellos oportunos momentos agigantábase por su decision, valor y sabiduría otro adalid que debía llenar de gloria toda la cristiandad de Oriente con sus hazañas.

XXIX.

Basilio el Grande.—Su carácter.—Su vida.—Sus persecuciones.

Valente recorría con lentitud las principales poblaciones de su imperio, seguido de una corte numerosa, dominada por Eudoxio, obispo ariano, lo que es equivalente á decir que en aquel viaje sembraba el soberano abrojos y espinas en el campo de la ortodoxia religiosa. Precedía la entrada del Emperador en las grandes ciudades un prefecto, llamado Modesto, con el fin de prepararle favorable acogida. Al llegar á Cesarea, Modesto intentó conquistar el ánimo de Basilio, cuya actitud resuelta y dominio moral eran ya una gran potencia de proteccion á los fieles, y una ciudadela inconquistable á los adversarios. Llamó Modesto á su presencia á Basilio, y le dijo: «Y bien, va á llegar el Emperador. Guardáos, porque viene desfavorablemente prevenido. No comprometáis, por un escrúpulo de dogma, los intereses de la Iglesia...»

—A mi vez os advierto, contestó Basilio, que podéis dispensaros de dirigirme discursos más propios para niños que para hombres de ciertas convicciones. ¿Qué podréis contra nosotros que sólo aspiramos al reino de Dios?

—¿Qué? ¿Estáis resuelto á no sacrificar algo en pro del Emperador? ¿Nada vale á vuestros ojos el que el mismo Emperador venga á formar parte de vuestra grey y á escuchar vuestra enseñanza? pues esta distincion obtendréis con tal que prometáis prescindir de una sola palabra de vuestro símbolo.

—Grande y estimable cosa es ver á un emperador en la Iglesia; pues cosa de importancia es la salvacion de un alma, sea la de un emperador, sea la de un campesino. Y sin embargo, creedlo, esta honra no quiero comprarla, no sólo quitando una palabra del símbolo, pero ni siquiera cambiando el orden de sus letras.

—¿Con que estáis resuelto á faltar en esto el respeto al Emperador? No adoptaréis su fe, cuando todo el mundo la acepta.

—No, yo no he de faltar á respeto alguno al Emperador de la tierra, pero tampoco al del cielo. Si prescindiera de Éste para honrar á aquél, yo adoraría á una criatura; y á tanto no me siento dispuesto.

—Pues ¿no os amedrenta nuestro poder?

—¿Y qué es lo que podéis contra mí?

—La confiscacion, el destierro, el suplicio.

—Sabed, aunque os sorprenda, que nada de todo esto me afecta. ¿Qué podréis confiscarme si no poseo bien ninguno? ¿De qué patria podréis privarme si no estoy enlazado con ninguna patria de aquí abajo, si por todas partes me siento extranjero? ¿Qué tormentos podréis darme,

si es mi cuerpo tan débil, que el menor tormento ha de acabarme la vida? Enfermo de gravedad como estoy, ¿pensáis que me sería un perjuicio la muerte?

—Nadie me había hablado hasta hoy este lenguaje.

—Es que hasta hoy no habréis oído ningun obispo.

El prefecto comprendió la inutilidad de insistir. El alma de Basilio se había ostentado con toda la fortaleza superior de un santo. Ensayando el sistema del terror, mandó aparejar el caldoso, haciendo propalar la voz que Basilio expiaría en él su tesón. Mas no se atrevió á consumir su crimen.

Cuando Valente llegó, la cristiandad de Cesarea le recibió respetuosa; pero prevenida. Basilio permaneció en su casa. Para evitar se creyera que iba á mendigar favor, no se presentó á palacio. Pero llegada la fiesta de la Epifanía, fué preciso á Valente dirigirse á la Iglesia y asistir á los oficios divinos. Dudaba si le fuera negado traspasar los sagrados lindes. Ningun estorbo, sin embargo, encontró. Mas á la hora del ofertorio, cuando presentó su ofrenda, ninguna mano sacerdotal se la aceptó. Ante aquel desaire, Valente palidece, tiembla, va á desmayarse. Basilio que todo lo observa, señala á un diácono que acepte la ofrenda.

La actitud digna de Basilio, su impasibilidad, su misericordia impresionaron á Valente, quien á la siguiente mañana se trasladó á la morada episcopal. En la importante conferencia que ambos tuvieron, Basilio rayó á tanta altura en las cuestiones teológicas, que conquistó las simpatías del Emperador. Mas la adulación de los cortesanos maleó las buenas disposiciones de su ánimo. Acusaron á Basilio de enemigo sistemático del Emperador, de ente perjudicial á la paz de aquellas agitadas regiones, y de la urgencia de hacer desaparecer para siempre aquel obstáculo vivo á los planes imperiales.

Valente decretó el destierro del venerable Obispo.

¿Por qué no llegó á efectuarse aquel destierro?

Creer algunos que fué esto debido á la milagrosa suspensión de la enfermedad del hijo primogénito de Valente, y al inexplicable hecho de no haber podido escribir el edicto de destierro á causa de un temblor nervioso tres veces repetido.

Limitándonos á consignar hechos incontrovertibles, debemos decir que el destierro de Basilio se quedó en proyecto, y que Valente buscó en terrenos ménos defendidos, conquistas más fáciles de obtener. Muchos eclesiásticos solicitados por los favores imperiales abandonaron la unidad de la fe y se ladearon hacia la herejía dominante.

Pero por lo que respecta á la persona y á la grey de Basilio cesaron los manejos oficiales. Aquella fortaleza fué abandonada como inexpugnable.

Libre de las asechanzas del Emperador, Basilio se empleó en llevar á cabo la idea dominante en su grande alma, que era nada ménos que la organizacion de la Iglesia de Oriente y la pacificacion de los ánimos de la Iglesia universal.

Para conseguir la pacificacion de la Iglesia, Basilio se proponía acercar á su comunión al grupo considerable de semiarianos que, vencidos sobre el punto de la consustancialidad del Hijo, combatían sólo la divinidad y la personalidad del Espíritu Santo. Una comision partió para Roma á suplicar al Papa se dignara enviar al Oriente representantes probos é inteligentes para sentar las bases de una sólida concordia doctrinal. Los comisionados de Basilio no consiguieron sino una carta llena de expresiones de la compasion que excitaba en Roma la situacion de la Iglesia de Oriente.

Una segunda diputacion envió Basilio, portadora de una carta, en la que decía á los romanos aquel defensor de la fe: «Apresuráos miéntas permanecen aquí aún algunos hombres en pié; miéntas queda algun vestigio de nuestro antiguo vigor; miéntas el naufragio no está del todo consumado. Vednos de rodillas á vuestros piés; tendednos la mano... No permitáis que la mitad del mundo se hunda en el error, ni que la fe se apague en estas regiones en qué fué encendida.»

La desconfianza que Roma sentía respecto á los orientales era tanta, que la carta de Basilio no consiguió nada eficaz.

Al contrario, sus esfuerzos para atraer á los semiarianos á la comunión ortodoxa excitaron contra él las sospechas de los que no conocían á fondo sus ideas, su virtud, su probidad.

Pretendía Basilio que se tratara con mucha misericordia y consideracion á los procedentes de las sectas disidentes, que, previas explicaciones sanas, se prescindiera de agriar los ánimos con cuestiones secundarias; en una palabra, que se hiciera un grande esfuerzo para atraer á los vacilantes y á los disidentes de buena fe.

Semejante benevolencia fué interpretada por debilidad.

Basilio hubo de defender la integridad de su fe ante una muchedumbre de cristianos exagerados que rechazaban toda idea de perdon y de olvido. Afortunadamente carecían de base las acusaciones de connivencia con la idolatría formuladas contra él. Si su espíritu de caridad, ardiendo en su alma, le hizo llegar hasta las fronteras de la condescendencia, nunca, ni su corazón, ni su ánimo intentaron defraudar á la verdad de ninguno de sus resplandores. Pero hombre de un temple de carácter superior trabajó asiduamente para atraer á los ilusos por candidez al redil santo, y se propuso acallar las quisquillosidades de los fanáticos que, sin llevar á la fe ningun apoyo positivo, desfiguraban á los ojos de sus adversarios la dignidad y atracción de la Iglesia. Basilio comprendía cuánto á la Iglesia interesaba librar las batallas en las regiones elevadas de los principios, y depurar los sentimientos apasionados de los vicios engendrados por el interés, por la ignorancia ó por la preocupacion.

Es indudable que la acritud de muchos apasionados justificaba los lamentos y quejas de Basilio, que se condolía de ver alejadas del redil á muchas almas inclinadas á entrar en él si se les allanara el camino.

Basilio empleaba las horas que le dejaba libres el combate con los enemigos de su fe para organizar el interior de la Iglesia oriental, reglamentar el monaquismo que sólo se regía por inspiraciones espontáneas y por instrucciones particulares. Los abusos introducidos, gracias á la prolongada ausencia de los prelados alejados de sus sillas por el destierro ó por causas ménos repugnantes, recibieron prudente correctivo.

El talento, la magnanimidad, el valor personal de Basilio constituyeron una verdadera riqueza para la Iglesia en aquella época necesitada de algunos campeones favorecidos por especiales gracias.

Basilio, no sólo era eminente teólogo, sino literato de exquisito gusto. Hasta los filósofos paganos solicitaban su amistad, de la que el apostólico varón se valía para acercarlos á la buena doctrina. «Basilio, ha dicho uno de sus más sensatos admiradores, no fundó una política, ni una filosofía, ni siquiera una literatura cristiana, porque su acción no traspasó los límites del santuario, ni quiso enseñar otra ciencia que la del Evangelio. Mas los contemporáneos que le contemplan, comparan su talla con la de los rivales y perseguidores que le rodean. Y á su frente sólo puede presentar el viejo imperio políticos como Valente y literatos como Libanius. El paralelo habla por sí mismo. Allí donde se concentra el respeto y la admiración de los hombres, tarde ó temprano, por irresistible corriente, debe ir á parar la realidad del poder. La Iglesia que producía hombres de la altura de Basilio, se manifestaba apta para tomar á su cargo el gobierno del mundo.»

Hilario en Occidente y Basilio en Oriente fueron los dos centinelas puestos por el Espíritu Santo para contener las invasiones del imperio que amenazaba la libertad de la Iglesia; en Occidente por las exageraciones de la autonomía del Estado representado por Valentiniano; en Occidente por los furores de la franca persecucion ejercida por Valente. Coincidencia histórica digna de llamar la atención de la filosofía.

En el siglo IV, dos políticas, partiendo de bases diversas, eran igualmente funestas á la Iglesia; ambas se hallan reproducidas hoy; Valentiniano se propuso aplicar el principio: *La Iglesia libre en el Estado libre*. Valente la máxima: *El Estado soy yo*. Ambas formas, rea-

parecidas despues de muchos siglos, dieron los mismos resultados que durante el imperio de los dos emperadores. El principio de la neutralidad absoluta del Estado indefectiblemente conduce á la rivalidad del Estado y de la Iglesia; el principio de la ilimitacion del poder del Estado, por sí mismo entraña la violenta intervencion del poder civil en las funciones propias del ministerio eclesiástico. Esto sucedió en tiempo de Valentiniano y de Valente; esto ha sucedido en tiempo de Luis el Grande y de Cavour.

El principio de no intervencion en los asuntos eclesiásticos produjo serios conflictos en el corazon, en la conciencia, y por lo tanto, en la política de Valentiniano. No es tan fácil como á simple vista parece, mantener en perfecto equilibrio el fiel de la balanza social. Concedores los herejes de que los ortodoxos no podían contar con la proteccion activa del Emperador, irguieron por do quiera la cabeza.

Cuando su muerte, pudo convencerse de que la paz religiosa distaba mucho de quedar solidada.

Al paso que Valentiniano, si bien adoptaba una política neutral respecto á la Religion, se manifestaba personalmente adicto á la Iglesia; Valente, en las regiones orientales, abogaba sin ambages por la herejía.

Los católicos eran perseguidos sin disimulo.

El obispo Melecio fué desterrado de Antioquía á causa de la pureza é integridad de su fe; la catedral católica pasó á poder de los arianos, y los fieles viéronse obligados á trasladar el servicio divino á lugares solitarios. Cada domingo organizábase un movimiento imponente de poblacion; los antioquenos salían de la ciudad para encontrar en el retiro la libertad del ejercicio de su culto. Valente prohibió tambien este último refugio de que se ampararon los verdaderos cristianos. Aquella prohibicion enardeció más el celo de los perseguidos. Los monjes, los solitarios del Egipto dejaban sus grutas para bajar á sostener con su presencia el ánimo de los ciudadanos creyentes. Las orillas del Oronto presenciaron escenas de una adhesion á JESUCRISTO altamente conmovedora.

En Edesa, la persecucion tomó un carácter todavía más subido. El piadoso Obispo de aquella diócesis fué desterrado; y los fieles, viendo profanada su catedral, se resistieron á entrar en ella, y como los de Antioquía, salíanse de la ciudad para celebrar los divinos oficios. Valente, en ocasion en que inspeccionaba las fortificaciones de la frontera persa, vió un día aquella numerosa emigracion. Disgustóle tamaño espectáculo hasta el punto de que, volviéndose hacia Modesto, el prefecto de aquella provincia, le dijo: «¿Cómo toleráis estas escenas? Mañana dispersaréis á palos á estas gentes; y si no fueran bastante los palos recurriréis á la espada.»

Modesto, aunque cortesano ardiente, previno confidencialmente á los cristianos, comunicándoles las órdenes recibidas. Esperaba que, temerosas de un conflicto, cesarían voluntariamente de dar aquel religioso espectáculo. Sin embargo, la idea de la persecucion, léjos de desmayar á los perseguidos, les encorazonó. La columna capitaneada por el prefecto encontró los caminos henchidos de fieles que, con paso firme, se dirigían á arrostrar las consecuencias de su valor religioso. De la multitud de fieles se destacó una mujer llevando á su hijo pequeño en brazos. Arrojóse á los piés del caballo que Modesto montaba. ¿Dónde váis, desventurada mujer? le dijo Modesto.

—Allí donde los cristianos se reunen, contestó ella.

—¿Ignoráis que tambien vamos nosotros allí para matar á cuantos encontremos?

—Lo sé, y apresuro el paso para que yo y mi hijo podamos recibir la corona del martirio.

Modesto retrocedió. Representó al Emperador las dificultades que ofrecía realizar la mision que le había confiado, á no ser que se resignara á ejecutar la más numerosa matanza. La union de los fieles era tan íntima, su resolucion tan inquebrantable, que ninguna consideracion era suficiente para hacerles desistir de sus resoluciones santas.

Todo el Oriente ofrecía cuadros de acerba oposicion á las personas y á las cosas ortodoxas.

Amargos días aparecían en perspectiva ante la Iglesia, y sin duda las jornadas neronianas se hubieran pronto reproducido si la Providencia no hubiera cortado la existencia mortal de Valente. Derrotado su ejército por las hordas godas en Mæsin, recibió una grave herida, y refugiado para curarse en modesta cabaña, pereció envuelto en las llamas de un incendio. Su cuerpo, reducido á cenizas, no pudo recibir los honores imperiales.

Aquella derrota y aquella muerte estaban previstas.

A las primeras contrariedades del ejército, y cuando aún Valente no se había puesto á la cabeza de las legiones, el general Trajano fué llamado á la corte para ser severamente reconvenido. Hacíale sospechoso su acrisolado cristianismo y las públicas y cordiales relaciones que mantenía con Basilio de Cesarea. «Vos sois todo un cobarde, le dijo el Emperador; no habéis sabido dirigir las tropas cuyo mando os confié.»

—Si no he vencido, contestóle el general decidido á arrostrar las iras del fogoso soberano, si no he vencido atribuíos la responsabilidad de la derrota. Vos habéis abierto las fronteras á los bárbaros; vos, declarándoos enemigo de Dios, os habéis atraído su omnipotente ira, habéis alejado los servidores de sus iglesias. Hoy os arroja á vos del imperio.

Trajano fué depuesto ¡gracias que no fuese decapitado! El mando fué conferido á Sebastian, aquel militar ariano que hemos visto perseguir á Atanasio.

Valentiniano y Valente desaparecieron de la escena humana; nuevos horizontes se presentaron ante la Iglesia de JESUCRISTO.

XXX.

Graciano.—Teodosio.—Persecucion en Milan.—Invasion de los templos.—Sangrientas escenas en Tesalónica.—Penitencia de Teodosio.

Resignada la Iglesia á sufrir los horrores de una persecucion típica, mientras los fieles sólo pedían al cielo les diera la constancia en los tormentos, el Señor, compadecido, hizo orientar la hermosa primavera de la paz. Graciano era un creyente decidido, y Teodosio, á quien aquél confió luégo el mando de todo el Oriente, era un cristiano fervoroso. El siguiente edicto promulgado el día 28 de febrero del 380 determina una nueva época en el modo de ser de la sociedad imperial.

«Es nuestra voluntad, decía, que todos los pueblos sometidos al gobierno de nuestra clemencia permanezcan en la Religion tal como el divino apóstol Pedro la transmitió á los romanos, y tal como hasta hoy la siguen el pontífice Dámaso y Pedro, obispo de Alejandría, hombre de apostólica santidad; de suerte que, segun la disciplina de los Apóstoles y la doctrina evangélica, nosotros creemos en la divinidad única del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, unidos en una majestad igual y en una santa Trinidad. Ordenamos que únicamente los que siguen esta ley se llamen cristianos católicos, y que los insensatos que de esta ley se apartan, lleven con infamia el calificativo de herejes; prohibimos que sus reuniones se llamen *Iglesias*, y que tengan que sufrir el castigo de la divina venganza, y ademas las penas que el cielo nos inspire aplicarles.»

Toda la legislacion de Teodosio reveló el Cristianismo íntegro de que se hallaba imbuído.

Como á premio de su celo por la gloria de la Iglesia, el señor abrigó su reinado elevando en él las colosales figuras de Ambrosio, de Jerónimo y de Agustin. El primero se valió de su talento político y de su posicion influyente para imponer su criterio á la administracion del imperio. La autoridad que obtuvo sobre el ánimo del Emperador excitó en su contra terribles rivalidades. Pero el alma de Ambrosio era de un temple superior; incapaz de doblarse á las más violentas influencias, sostuvo con teson admirable los derechos de la Iglesia.

La emperatriz Justina, envidiosa del ascendiente de Ambrosio, se propuso contrabalancear la influencia del grande Obispo, formando en su corte un núcleo de favoritos arianos. Colocó

á la cabeza de la secta un obispo venal, llamado Mercurino, y se estableció una guerra sorda, pero virulenta, entre los sectarios de palacio y los fieles de la catedral. Pronto los aduladores de la cesarina reclamaron la publicidad del culto y la posesion de un templo. Comunicóse á Ambrosio la decision imperial de ceder una iglesia nuevamente construída al ejercicio del culto ariano. Ambrosio se manifestó dispuesto á resistir con todas sus fuerzas á la ejecucion de aquella medida que cedería *al error una posicion de la verdad*. Sabedor el pueblo de los proyectos de Justina, dirigióse tumultuosamente á palacio. El piadoso obispo de Milan calmó la efervescencia popular, prometiendo que jamas el templo del Señor sería entregado á sus enemigos. Sin embargo, como para desvanecer la mala impresion causada á la emperatriz ante el testimonio incontrovertible de la superioridad de ascendiente de Ambrosio sobre su propia autoridad, una nueva orden fué expedida para que se entregara á los arianos, no ya la iglesia llamada *Portiana*, sino su propia catedral. Ambrosio no cedió. «Los cristianos, dijo, no cedemos ni un palmo de terreno de la heredad del Señor.»

A pesar de las amenazas de una invasion de las tropas imperiales en el templo, el santo Pontífice, resuelto á prescindir de toda humana consideracion y hasta á sufrir el martirio, celebró con inusitada pompa los oficios divinos en su catedral. Era la Semana Santa. «Mientras estaba yo celebrando, cuenta él mismo, se me anunció que el pueblo se había apoderado de un tal Castulo, que se decía era sacerdote ariano. Yo derramé abundantes lágrimas, suplicando á Dios, en nombre del sacrificio que estaba ofreciendo, que se dignara venir á mi auxilio, á fin de que fuese ántes derramada mi sangre, no sólo por la salud del pueblo, sino tambien de los impíos, que la de aquel iluso. Temía que sucediera terrible lucha que provocara la pérdida de la ciudad, y con ella, de toda la Italia.»

El pueblo se enardecía á cada momento más contra los intrusos arianos. A los emisarios de Justina, que suplicaban á Ambrosio se valiera de su autoridad para apaciguar al pueblo: «Yo os aseguro, les decía, que yo no lo excitaré; pero incumbe á Dios, no á mí, el apaciguarlo. Además, si creéis que soy yo quien lo excito, quitadme de en medio; desterradme.»

En fin, quedó decidido que el templo *Portiano* sería ocupado á la fuerza. «Decid á los soldados, exclamó Ambrosio, que los que invadirán la casa del Señor serán rechazados de nuestra comunión.»

Los soldados, todos cristianos, faltaron á la consigna militar, y en vez de invadir el templo que se les señaló, fueron á la catedral, donde Ambrosio celebraba, y puestos de rodillas exclamaron: «Venimos á orar con nuestro Obispo y por nuestro Obispo, y no á combatirlo.»

Ambrosio envió algunos sacerdotes á las iglesias que eran el objetivo de las arianas aspiraciones, para que ofrecieran en ellas segun el rito católico. «¿Habéis perdido el buen juicio, le dijo un enviado de Justina, que afrontáis así la voluntad del Emperador?»

—¿Qué es lo que yo hago contra la voluntad del Emperador? contestó Ambrosio.

—Habéis enviado sacerdotes á la basílica nueva. ¿Queréis, pues, ser el tirano de esta ciudad? Declaradlo terminantemente, para que sepamos de qué manera debemos combatirlos.

—Yo no he ido á la nueva basílica por no excitar la resistencia; pero tampoco he querido abandonarla por evitar la infidelidad; mi plan es no ceder la iglesia ni combatir al Emperador. Por lo demás, los sacerdotes están más acostumbrados á sufrir la tiranía que á ejercerla. En los antiguos tiempos, los sacerdotes conferían el imperio; no lo usurparon. Muchos más son los soberanos que invadieron el sacerdocio, que los sacerdotes que invadieron el imperio.

El teson de Ambrosio, la actitud decidida del ejército y la fidelidad del pueblo suspendieron las hostilidades cortesanas. En realidad la autoridad imperial quedó menoscabada, no por culpa de los católicos, sino por la índole injusta de las disposiciones por ella impuestas. De ahí que, no sólo Justina, sino el joven César Augusto de Occidente, que lo era entonces Valentiniano II, deseaban ocasion propicia de rehacerse de la moral derrota. El grupo de arianos que privaban en los imperiales salones, infatigables en el desarrollo de su plan de intrigas

y astucias, trabajaron perspicazmente para reorganizar el decaído partido de la fórmula teológica de Rímini. Los partidarios de Rímini eran verdaderos herejes.

Valentiniano II publicó un edicto por el que se concedía plena libertad á todas las opiniones, conforme con lo decidido *en tiempos del divino Constancio por los pontífices convocados de todas las partes del mundo romano en Rímini y Constantinopla*. Como se ve, el edicto levantaba audazmente bandera contra bandera; era la provocacion inmotivada y criminal de un nuevo cisma. Y hacia qué parte ladearia su proteccion la autoridad civil bien lo revelaba la conclusion del edicto. «Sepan, pues, decía, los que piensan tener exclusivamente derecho de reunirse, que si intentaran promover cualquier disturbio para impedir el curso de lo dispuesto por Nós, serán considerados como á sediciosos y perturbadores de la Iglesia, reos de lesa majestad, y como á *tales, condenados á muerte*. Igual suplicio sufrirán los que se atrevan á suplicarnos pública ó privadamente contra esta decision de nuestra soberana voluntad.»

La persecucion se presentaba, como se ve, en toda su fuerza y negrura. ¿Qué hacer ante aquel conflicto? Todas las miradas se fijaron en Ambrosio, quien pronto formuló su decision. «Líbreme Dios, dijo, de ceder la heredad de JESUCRISTO. ¡Naboth no quiso ceder la viña de sus padres y cedería yo la casa del Señor! ¡La heredad de Dionisio que murió en el destierro; la de Eustorgio, de Mirocles y de los obispos fieles mis predecesores!»

La popularidad del ilustre Pontífice era tanta, que no sin grave peligro podía aventurarse el Emperador á dictar contra él una medida extrema. Una orden de destierro fué, no obstante, expedida, aunque en términos que revelaban completa indecision. «Salid de la ciudad, y fijad la residencia donde os plazca,» decía la orden.

Ambrosio contestó: «Condúzcanme los soldados donde el Emperador disponga; yo no elijo punto alguno fuera de mi grey.» Y no salió. Ostentábase cada día en público, siendo objeto de repetidas ovaciones. Los pobres, sobre todo, cuyo protector decidido era, le aclamaban frenéticamente. «Hé ahí mis defensores, exclamaba él; se dice que busco hacérmelos propicios con mis limosnas; yo no lo niego. Sí, toda mi defensa se basa en la oracion de los pobres. Estos ciegos, cojos, enfermos, son más fuertes que los hombres de la guerra. Los dones que se hacen á los pobres obligan al mismo Dios; miéntras que los socorros de las armas rara vez le complacen.»

De nuevo fué decretada la cesion á los riminianos de dos templos católicos. El pueblo volvió á la actitud que le valió el triunfo un año atras. Reunido constantemente en el santuario amenazado, esperaba la invasion para rechazarla. No provocaba ni temía. Días y más días transcurrieron en aquella ansiedad. Ambrosio, para entretener la muchedumbre constantemente reunida en el templo, regularizó la psalmodia ó canto alternado de los salmos, segun la idea concebida por Basilio. El canto ambrosiano fué inspirado por la persecucion, y para dar más variedad á la edificante tarea de la glorificacion divina en aquella crisis humana, compuso Ambrosio, que era tan ferviente cristiano como elegante literario, varios himnos que debían ser con los salmos intercalados.

Así, para saludar el primer rayo de la aurora que, penetrando por las altas ojivas del templo, difundía su primera y ténue luz sobre los grupos de cristianos dormidos en torno de las columnas; para responder al poético canto del gallo, heraldo de la mañana y recuerdo de hechos trascendentales para la cristiandad, escribióles este himno:

*Æterne rerum conditor
Noctem diemque qui regis
Et temporum das tempora
Ut alleves fastidium
Precó diei jam sonat...
Hoc exitatus Lucifer
Solvit polum caligine...*

*Hoc ipsa petra Ecclesie
Canente culpam diluit
Surgamus ergo strenue;
Gallus jacentes exitat,
Et somnolentes increpat,
Gallus negantes arguit.*

A simple vista se comprende la oportunidad de las ideas poéticamente emitidas en este himno. Aquella evocacion del canto del gallo excitando á los yacidos, increpando á los soñolientos, reprendiendo á los negantes, era una fina alusion al estado de los cristianos; una proclama ardiente que les encorazonaba á levantar los corazones, á sacudir el sueño de los perezosos, y afirmar en la fe á los que pudieran vacilar á consecuencia de las molestias sufridas.

Cuando el crepúsculo nocturno acababa de cubrir el último destello de luz, otro himno elevaba al cielo la grata armonía de aquellas almas. La noche tenía su canto como el día; la sombra como la luz; el sueño como la vigilancia. El himno de la noche es una plegaria no ménos inspirada que el himno de la aurora. El himno de la aurora es un juguete correspondiente á la situacion especial de la naturaleza en aquella hora en que la naturaleza misma se presenta juguetona; en que los primeros rayos de luz juegan con los flotantes vapores que la tierra ha respirado en su sueño; en que sembrados de rocío los campos ofrecen al naciente día racimos de perlas y diamantes, como á recompensa del regocijo que difunde.

El himno de la noche es majestuoso como las sombras. Es la voz de los hijos que se despiden del Padre imprimiendo en el alma el sentimiento del amor, de la esperanza y de la fe, para que no lo borre el descuido del sueño.

*Ut cum profunda cluserit
Diem caligo noctium,
Fides tenebras nesciat
Et nox fide reluceat.
Dormire mentem non sinas...
Exuta sensu lubrico
Te cordis alta somnient.*

El interes que estos cantos excitaban mantenía la compaginidad de los fieles. Los paganos decían que Ambrosio había encontrado en ellos un secreto mágico para hechizarlos.

Entre los refugiados en el templo, entre los cantores, por lo tanto, de aquellos himnos, contábase el todavía no convertido Agustin, que al lado de su piadosa madre, Mónica, esperaba con ansia el desenlace de aquel conflicto.

El Emperador midió toda la extension del conflicto é ideó una composicion ó transaccion diplomática. No queriendo acudir á una solucion de fuerza pensó en una solucion moral. Hizo consentir al obispo ariano, que de Mercurino había pasado á llamarse Auxencio, en memoria de su ariano antecesor, que conviniera en aceptar una conferencia con Ambrosio, ante una comision mixta de arianos y católicos, prometiendo someterse definitivamente á las decisiones de aquella teológica diputacion. Obtenido el consentimiento de Auxencio, el Emperador envió al tribuno Dalmacio á Ambrosio para proponerle la transaccion aceptada ya por su rival. Ambrosio se negó á secundar los planes de Valentiniano II. Para calmar la agitacion causada entre los fieles reunidos por la noticia del llamamiento de Ambrosio, tomó este la palabra y expresó en sentidas frases la resuelta actitud que iba á tomar. «Nada temáis, amigos míos, les dijo; os aseguro que voluntariamente no me separaré de vosotros. Podré suspirar, gemir, llorar... porque las lágrimas son las verdaderas armas de los sacerdotes, y yo no puedo, ni debo resistir sino con el llanto; pero huir... ¡huir yo!... ¡abandonar mi Iglesia!... ¡jamás! Yo me

someto al Emperador; pero no cedo ante él. Él está dentro de la Iglesia, es su hijo; no está sobre ella.

«Hé ahí lo que decimos con humildad y sostendremos con firmeza.»

Este lenguaje tranquilizó los ánimos alarmados á la simple idea de perder al ilustre guía. El teson del pastor y de las ovejas desarmó á los adversarios. Las tropas levantaron la especie de sitio en que envolvían á las iglesias envidiadas.

No tardó mucho tiempo la corte en necesitar la cooperacion de Ambrosio para una mision diplomática; víctima ayer, fué á la mañana siguiente revestido del carácter de Embajador extraordinario acerca de Máximo, César de las Galias. Lo que equivale á decir que la persecucion de Milan llegó á su término; bien que no lo tuvieran las intrigas y cavilaciones dirigidas y tramadas por Justina y sus favoritos contra la causa cristiana.

Dejemos el curso de los acontecimientos políticos; la reseña de aquella guerra entre Máximo y Valentiniano II, que puso temporalmente bajo el imperio del primero nada ménos que Milan, la capital política del Occidente, y que terminó por la completa victoria de Teodosio, protector de Valentiniano.

Teodosio protegía la fe católica con una entereza y consecuencia asaz raras en los soberanos. Sus costumbres eran piadosas, casi ascéticas. El triunfo de la Iglesia era el objetivo principal de su política.

Cuando la guerra emprendida por Máximo le hizo dueño otra vez del Occidente, como lo era del Oriente, dirigió sus miradas sobre los restos del paganismo para anonadarlos. Aunque moribunda la herejía contaba todavía en Constantinopla y en las grandes ciudades con elementos bastante poderosos para mantener la excitacion. Cada vez que la ira comprimida en los pechos paganos explotaba en alguna localidad, la mano de Teodosio caía allí con todo el peso de su autoridad, de su fuerza y de su prestigio.

Contando con estas ventajas se atrevió á intentar la ruina del Serapion de Antioquía. Era el monumento más colosal del paganismo en Oriente. El arte y la fortuna de los gentiles aglomeraron en él maravillas y riquezas. El edificio y su culto estaba consagrado al Dios del Nilo, nutridor del Egipto. Edificado en la cumbre de una colina formada por cien gradas, en el centro mismo de Alejandría, aquella altiva catedral era como la diadema del Egipto entero. El oro y plata se emplearon en sus paredes y en sus adornos, con una prodigalidad, que recordaba la derramada por Israel en el santuario de Jehová. El ídolo era de gigantesca estatura; sus brazos extendidos como para abrazar al mundo, le daban cierto aspecto de majestad, muy propio para imponer respeto á una sociedad superficial en lo referente á principios religiosos. Derruir ó suprimir el Serapion equivalía á decapitar el paganismo.

Los agentes de Teodosio intentaron esta empresa con admirable éxito; aunque costó sangrientos combates. El templo del Nilo, que era al mismo tiempo una especie de convento, seminario y hospicio de los gentiles fué defendido como una ciudadela. Los cristianos triunfaron, y Teodosio envió el decreto de demolicion de aquel edificio, que habia servido de fortaleza contra su poder. A los magistrados que fueron á recibir sus imperiales órdenes les dijo Teodosio estas palabras, que expresan perfectamente el espíritu cristiano de que se hallaba poseído: «Los cristianos que han perecido en la lucha no necesitan ser vengados, pues poseen la corona del martirio. Economizad las ejecuciones para dar á entender á los desgraciados la dulzura de nuestra Religion y para mejor atraer las almas á la fe por el reconocimiento. Mas al mismo tiempo ordenamos que todos los templos indistintamente que sirvieron de abrigo á esta sedicion sean arrasados hasta al suelo.»

Esta disposicion imperial se cumplió con ardoroso entusiasmo por los cristianos. Los templos idolátricos desaparecieron bajo el torrente de las muchedumbres, animadas por la fe, las cuales estaban convencidas de que tributaban al Dios de los cielos especial homenaje destruyendo los santuarios de los dioses de la tierra.

Por desgracia no tuvo Teodosio siempre la mansedumbre de que dió testimonio en los in-

cidentes de Alejandría. Noticioso de que la ciudad de Tesalónica se había rebelado contra los representantes de su autoridad, se irritó de tal manera, que descendió al nivel de los emperadores más crueles. Como el primer grito de sedición había partido del circo ó anfiteatro, quiso que fuera éste el lugar de la expiación.

Dió á sus agentes órdenes secretas para convocar á todos los tesalonicenses á un grande espectáculo. Convocado para presenciario el pueblo entero, nobles, plebeyos, magistrados, los soldados rodearon aquella inmensa plaza, y á la voz del jefe, se lanzaron sobre el circo degollando á todos los espectadores. Mujeres, niños, ancianos, extranjeros todos fueron degollados. Siete mil víctimas fueron sacrificadas en el período de dos horas, para aplacar el enojo de un hombre.

Al llegar á Milan la noticia de tan monstruoso atentado, estalló un sordo movimiento de indignacion. Las crueldades paganas habían reaparecido. Encontrábanse reunidos en Milan algunos obispos de la Galia ocupándose de los herejes priscilianistas con Ambrosio. Los obispos participaron del horror del pueblo. Unánime fué la reprobacion. Ambrosio protestó dejando de concurrir á la casa imperial: «Si no me hubiera apartado de vuestra casa, le dijo más tarde á Teodosio, hubiera temido deciros lo que no podía revelaros sin comprometer á algunos amigos, ni callar sin faltar á mi conciencia.» ¿Cómo era posible borrar la mala impresion causada en los ánimos de todos por aquel sangriento hecho? Tantas vidas sacrificadas, tanto escándalo dado á cristianos y á gentiles, tantas almas en la gran conflagracion perdidas, el dolor de tantas viudas, que perdieron á causa de aquella crueldad sus esposos, de tantos huérfanos desde la bárbara escena sin padre, sin madre, todo fué pintado al Emperador por el pincel del elocuentísimo Obispo, quien concluyó proponiendo á Teodosio un acto público de penitencia, con el que se hiciera manifiesta la reprobacion que la Iglesia daba á aquellos actos, y se contrabalanceara el escándalo causado á los cristianos y las murmuraciones contra la cristiandad de los gentiles, comentadores del hecho.

«Lo que yo os propongo, le decía Ambrosio, no es para humillaros, sino porque los ejemplos de los reyes como David y otros os incitan á quitar este pecado de la memoria de vuestro reinado... Es para mí muy doloroso que vos que dáis ejemplo de tan rara piedad, que sois en el trono un modelo de clemencia, que frecuentemente no habéis permitido la muerte de un culpable, no os aflijáis al recuerdo de haber sacrificado á miles de inocentes. No os odio, tiemblo por vos. Y tenedlo entendido: no osaría ofrecer el sacrificio divino en vuestra presencia; la sangre de un solo hombre injustamente derramada me lo prohibiría, ¿podría permitírmelo la de tantas víctimas!»

El Emperador se resignó á retirarse á palacio renunciando á la satisfaccion de comparecer al templo. Ocho meses transcurrieron sin que se presentara al templo y sin que Ambrosio salvara los dinteles de palacio. Durante aquel período el alma de Teodosio sufrió la agitacion propia de una lucha entre el sentimiento del deber y el espíritu indómito del amor propio. La aceptacion de una penitencia pública y solemne era verdaderamente la prueba decisiva de su fidelidad cristiana.

Al acercarse la fiesta de la Natividad del Señor, la tristeza se apoderó del corazon imperial.

Observólo Rufino, maestro de palacio, y trató de restablecer la tranquilidad en el ánimo de su soberano, dirigiéndole halagueñas expresiones.

— «¡Ah! le dijo Teodosio, vos reis; sin duda no conocéis mi miseria. La Iglesia de Dios está abierta para los esclavos y los mendigos; á toda hora pueden entrar á ella para rogar al Señor; para mí está siempre cerrada, y con ella me están cerrados los cielos, pues está escrito: todo lo que atareis en la tierra quedará atado en el cielo.»

— Calmáos, contestóle Rufino, dadme permiso para presentarme en vuestro nombre á Ambrosio, y sin duda conseguiré que os libre de tan dura prohibicion.

— ¡Ilusiones vuestras! conozco el inquebrantable carácter de Ambrosio; y sé que no retrocederá.

Rufino ejecutó su proyecto. Mas Ambrosio con inflexible severidad le dijo: «¿Cómo lleváis la insolencia hasta al punto de formular tamaña pretension? Ahogaros debiera el remordimiento al recordar que fuisteis el consejero del gran crimen.

—«Señor, replicó Rufino, el Emperador va á venir; yo os suplico que no le rechacéis.

—Si viene, contestó Ambrosio, yo le rechazaré; si quisiera cambiar su reino en tiranía yo me ofreceré voluntariamente por blanco de sus rigores.

Teodosio, sabedor del fracaso que acababa de sufrir la embajada de Rufino, se rindió á discrecion. Lleno de admirable humildad se presentó á Ambrosio suplicándole las condiciones y cualidades de la penitencia que se le exigiría, dispuesto á cumplirla con sinceridad de ánimo. Como si el fervor ardiente de David en su penitencia se hubiera reproducido en Teodosio, el Emperador, al pisar los umbrales del templo, se postró en el santo pavimento, lo regó con sus lágrimas, y besándolo exclamó: «Dios mío, mi alma está adherida al pavimento de vuestra morada. Devolvedme la vida segun vuestra palabra.»

«Jamás, dice un historiador, ha habido un espectáculo que causara emocion tan profunda y tan legitima; pues el hecho excedía las leyes de lo espectable. La posicion de la Iglesia cambió con aquella escena. La Iglesia hasta entónces había pedido proteccion y muchas veces la había obtenido. Hasta entónces había suplicado, aquel día no suplicó ya, sino que mandó; hasta entónces ella había pedido gracia; aquel día empezó á exigir reparacion.»

XXXI.

Últimos esfuerzos del paganismo.

La penitencia aceptada y cumplida rigurosamente acrecentó en el alma de Teodosio el fervor de la piedad y la fortaleza de la fe. Imprimió á su legislacion un carácter más decididamente contrario á los separados y á los disidentes de la ortodoxia. Hasta la entrada á los templos idolátricos fué prohibida; hasta opuso un veto á las miradas: «Nadie se atreva, dijo, á fijar la vista en los simulacros construídos por manos de hombres.» Contra los apóstatas se dictaron disposiciones cuya severidad viene reconocida en estas palabras por el mismo legislador escritas: «Húbiéramos condenado á estos infelices á un destierro en lejano desierto, si no fuese más duro vivir entre hombres sin ser considerado como hombre.» Lo que equivale á atestiguar que las leyes de Teodosio privaban al apóstata del ejercicio de los derechos sociales.

Las disposiciones contra los herejes no eran más blandas: «Que esta cohorte sacrilega, decía, no pueda jamás congregarse; que su perversidad no pueda procurarse ninguna reunion pública, ni ninguna entrevista secreta.»

No se necesitaba más para enardecer el celo de los cristianos comprimido por las intrigas, contrariedades y persecuciones á que estaban expuestos y de que eran cada día víctimas: seguros de la proteccion imperial, prosiguieron el derribo de los templos gentílicos con un afán que á todas luces demostraba la extensa popularidad obtenida por la causa católica.

El éxito de aquel movimiento fué completo. Un orador cristiano exclamaba, dirigiéndose á las muchedumbres ávidas de ver el pendon de la fe católica dominando sin rival en el mundo: «Ahora se ha visto, dijo, que el becerro de oro es polvo; los israelitas lo han derribado. Los secretos del paganismo que parecía tener el esplendor y la solidez del oro, aparecen tal como en realidad son; nada más que polvo. Ellos se han deslizado como agua, y los mismos que los adoraban y ponían en ellos su confianza los han derribado, pisoteado, pulverizado.»

No obstante, en Occidente, cuyo mando ejercía Valentiniano II desde que Teodosio se había constituído en Constantinopla, no estaban del todo extinguidos los combustibles á pro-

pósito para resucitar el incendio idolátrico. Todavía el Senado romano no se había resignado á verse por siempre privado de la sombra de la diosa Victoria, cuyo altar había desaparecido por imperial mandato. A períodos determinados reproducíase la súplica de su restauracion ante el soberano, con la esperanza fundada de que no faltaría una circunstancia política que decidiera favorablemente la pretension. Aprovecharon los paganos la ocasion de la juventud de Valentiniano, y la ductilidad de su ministro Arbogasto para repetir la tantas veces negada súplica. El mismo Arbogasto, cómplice secreto de la demanda, tenía prometido propia resolucion. Sin embargo, Valentiniano II, comprendiendo la importancia de semejante paso, se resistió resueltamente á darlo. Aquella negativa inesperada desconcertó á los senadores y al ministro, que vió atestiguado por ella el espíritu de independencia y de soberanía de su señor. Desde entónces, creyendo ver embarazado el camino que su ambicion se trazara, Arbogasto ideó derribar de su pedestal al príncipe á cuyas órdenes servía. Tarde llegó éste á comprender la gravedad del peligro que le amenazaba, y tarde fué cuando decretó la destitucion de su indigno rival. Descubierta su plan resolvió efectuarlo, áun llamando por auxiliar al crimen. Mientras Valentiniano esperaba la llegada de Ambrosio á quien llamó apresuradamente de Milan para las Galias, algunos asesinos le estrangularon por sorpresa.

Valentiniano contaba la corta edad de veinte años; de los cuales diez y seis había pasado ejerciendo una soberanía nominal; la tumba fué el primer eslabon que encontró para la subida al trono efectivo.

Arbogasto, cubierto con el velo doblemente falaz de la diplomacia y de la hipocresía fingióse sorprendido y trastornado á la noticia del crimen, que sin duda él mismo combinara; aunque su inmediata conducta demostró estar dispuesto á disfrutar de las ventajas de aquel alevengicidio. No esperó que Teodosio designara un sucesor al soberano asesinado, sino que para tener en el trono una hechura suya, no atreviéndose á coronarse á sí mismo, entronizó á un palaciego oscuro, sin talento, sin política, sin influencia, llamado Eugenio. Era este hombre escéptico ó á lo ménos muy indiferente en la cuestion religiosa. No era pagano de corazon sin dejar de serlo de imaginacion; no era cristiano de alma, sin que su conciencia sintiera aversion alguna al Cristianismo. Rendía homenaje á la literatura de los dioses, sin desconocer la superioridad de la moral de JESUCRISTO respecto á la moral de los poetas. Los paganos le contaban en el número de sus adeptos; al paso que los cristianos tampoco le clasificaran en el de los enemigos. Arbogasto le escogió calculando que por su medio podría obtener en determinado conflicto la cooperacion de los idólatras ó la de los cristianos. Arbogasto se anticipó algunos siglos al genio perverso de Maquiavelo.

El primer paso político dado por Eugenio en la carrera de su improvisada soberanía, fué permitir la ereccion del altar de la Victoria en el Senado romano; aunque por temor á la irritacion que iba á causar aquella medida en los cristianos, quiso velarla acordando que las rentas quitadas á los templos paganos les serian restituídas, no al cuerpo sacerdotal gentil, sino á las personas de los diputados demandantes, salvo la facultad otorgada á los mismos de dedicarlos al culto que creyeran preferente. Este rodeo no disimulaba el sacrilegio fundamental.

Por fortuna Ambrosio disfrutaba en todo el Occidente de la plenitud de su autoridad. Al conocer este acto contrario á la fe, cambió repentinamente su actitud respetuosa y expectante en oposicion varonil y evangélica.

Como Eugenio se dirigiera á Milan, Ambrosio partió de aquella ciudad, para evitarse el peligro ó de inclinarse ante un soberano adversario de Dios, ó de precipitar contra él el torbellino de la indignacion popular. Sin embargo en una carta que escribió á Eugenio le decía: «No busquéis otra explicacion á mi partida que el temor de Dios, que acostumbra á servir de norma á mis actos. Sólo busco conservar el favor de CRISTO, aunque sea en detrimento de la estimacion de los hombres. Prefiriendo contentar á Dios á daros á vos contentamiento no creo injuriaros. Ved por qué jamas he temido decir la verdad á vosotros, emperadores...

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA

Esta obra es una obra de gran importancia para el estudio de la historia de España, y de los pueblos que la componen. Se trata de una obra de gran utilidad para el estudio de la historia de España, y de los pueblos que la componen.

Esta obra es una obra de gran importancia para el estudio de la historia de España, y de los pueblos que la componen. Se trata de una obra de gran utilidad para el estudio de la historia de España, y de los pueblos que la componen.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

Esta obra es una obra de gran importancia para el estudio de la historia de Francia, y de los pueblos que la componen. Se trata de una obra de gran utilidad para el estudio de la historia de Francia, y de los pueblos que la componen.

LA VUELTA POR ESPAÑA

Esta obra es una obra de gran importancia para el estudio de la historia de España, y de los pueblos que la componen. Se trata de una obra de gran utilidad para el estudio de la historia de España, y de los pueblos que la componen.

Esta obra es una obra de gran importancia para el estudio de la historia de España, y de los pueblos que la componen. Se trata de una obra de gran utilidad para el estudio de la historia de España, y de los pueblos que la componen.

EL REMORDIMIENTO O LA FUERZA DE LA CONCIENCIA

Esta obra es una obra de gran importancia para el estudio de la historia de España, y de los pueblos que la componen. Se trata de una obra de gran utilidad para el estudio de la historia de España, y de los pueblos que la componen.

ILUSTRACION RELIGIOSA - LAS HERESIAS CATOLICAS

Esta obra es una obra de gran importancia para el estudio de la historia de España, y de los pueblos que la componen. Se trata de una obra de gran utilidad para el estudio de la historia de España, y de los pueblos que la componen.

GALERIA CATOLICA

Esta obra es una obra de gran importancia para el estudio de la historia de España, y de los pueblos que la componen. Se trata de una obra de gran utilidad para el estudio de la historia de España, y de los pueblos que la componen.

Esta obra es una obra de gran importancia para el estudio de la historia de España, y de los pueblos que la componen. Se trata de una obra de gran utilidad para el estudio de la historia de España, y de los pueblos que la componen.

VOCES PROFETICAS

Esta obra es una obra de gran importancia para el estudio de la historia de España, y de los pueblos que la componen. Se trata de una obra de gran utilidad para el estudio de la historia de España, y de los pueblos que la componen.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *más de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más.—Van publicadas 95 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA. — LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

GALERIA CATÓLICA.

Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José Maria Rodríguez, General de la Orden de la Merced: D. Eduardo Maria Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pio IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentísimos é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla.—La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

VOCES PROFÉTICAS

ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hácia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.